

REVISTA DE TEATROS,

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

N.º 183

MADRID 18 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



CARICATURA DE LEOCADIA Y DEMOSTENES.

UN AMOR EN PROVINCIA,

NOVELA.

I.

Hay una edad de ignorancia en amores, en que el objeto amado no es un ente real y efectivo, sino la personificación engañosa del ideal que ha delirado el alma. En una edad candorosa, de quince a diez y ocho años, se atribuyen las cualidades más seductoras, los sentimientos más dedicados a algún espíritu pedantesco ó a algún corazón enjuto: se prendan los ojos de una fisonomía macilenta (sello de desordenada vida) y se le presta melancólico encanto: se forma un fantasma adorado, que entenece, domina, atormenta, produce ventura ó infortunio á la persona que gime en el cautiverio de aquel personaje ficticio hasta el día en que la razón arranca la venda de los ojos y transforma en ridículo y mezquino aquel hermoso amor tan sinceramente acariciado por el corazón y por la fantasía. ¿Quién no ha amado en su juventud á algún pelma ó á algún fátuo, descubriéndolo así ya tarde? ¿Quién no ha tenido que sonrojarse en presencia del zafio ó del falso talento, antes causa inocente é indigna de las emociones más tiernas y vehementes? Mas pasemos á nuestro relato.

Trasladaos mentalmente, caros lectores, al centro de una ciudad del mediodía, cuyo nombre omitimos por temor de que busqueis en carne y hueso al héroe de nuestra fábula. Este héroe se llamaba Demóstenes; nombre fatídico que sin vocación le destinó desde su infancia á la elocuen-

cia artificial de los tribunales. ¿Cómo había recibido ese nombre ilustre de Demóstenes? De un modo muy sencillo, pues vino al mundo en aquellos gloriosos años de la república francesa en que todo varon nacia para llamarse Bruto, Teístocles, Aristides ó Numa.

Demóstenes era hijo de un mal abogado de provincia, muy parlanchín, incansable discutiador, y que á fuerza de facondia había usurpado cierta sombra de reputación en su distrito. Ambicioso por ver transmitida su elocuencia á su raza, preparó á su hijo para este fin llamándole ante todo Demóstenes, y enviándole después á París á estudiar leyes, cuando hubo cursado filosofía como Dios quiso en las aulas del pueblo de su residencia. «Parte, hijo mío, le dijo con aire soberbio por despedida, y hazte digno del gran nombre que te he dado.» Estas últimas palabras envolvían una doble alusión irgeniosa, y el padre sonrió de orgullo al pronunciarlas. Demóstenes se puso en camino con dirección á París, señalándole el autor de sus días una pensión de ocho mil reales, á los que agregaba su madre todas sus economías. Esta excelente y sencilla señora creía de buena fé en la gloria futura de su hijo como en la gloria presente de su esposo: era frágil respecto de Demóstenes, cual todas las madres de esas comarcas que crían hijos para paseantes en corte, insufribles habiadores, perezosos, insolentes, y faltos de respeto á su madre, y luego á todas las mugeres, á las cuales no han aprendido á mirar con decoro en la persona de aquella á quien deben la vida.

Provisto de no corta suma, y de una pensión abundante y segura, quiso Demóstenes conocer

las delicias de la capital luego que fijó en París su residencia. Sin dejar de asistir á las lecciones de la escuela de derecho, solía frecuentar á menudo los teatros; agradábase sobre todos el de la Puerta de san Martín, floreciente entonces. Mas también se proponía un objeto provechoso en aquellas distracciones, pues ya que la impetía su destino á clipsar todos los abogados de su provincia, debía prepararse con todos los recursos de su entendimiento á porvenir tan brillante; y el arte dramático le parecía un auxiliar poderoso de la oratoria. Desarrolláronse pues simultáneamente en su alma dos infortunadas pasiones, la elocuencia y la poesía. No quiere esto decir que compusiera versos por malos que fuesen, siendo hombre de escasa vena; mas era aficionado á la poesía sin sentirlo como esos cómicos adocenados para quienes no son los versos sino una armonía hueca y sonora y á propósito para lucirse con su voz, sus gestos y su rostro. Recuérdanos esta circunstancia que hemos olvidado el bosquejo de Demóstenes: frisaba en los veinte años: era de poca estatura, pero de airoso talle: sus manos chocaban por lo blancas y lo enjutas: cubrían su cabeza, deprimida hacia el cráneo, negros cabellos cortados al rape, su frente era de poca elevación: lucían sus ojos vivos y animados, como brillan en general los de los meridionales más estúpidos: su nariz aguileña hacia interesante su fisonomía; decíase de él que era un hombre á pedir de boca. En lo moral era un ente raquíptico, envidioso, de una ambición mezquina, amigo de figurar y de dar golpe, y admirablemente amoldado bajo todos aspectos para ser mas tarde un famoso orador de provincia. A pesar de ser una me-

diana y á fuerza de pertinacia, cualidad que suple entre los hombres vulgares por la espontaneidad que constituye el genio, llegó á adquirir cierto barniz científico y literario suficiente para que algun dia le admirasen en provincia los cáudidos é ignorantes. Asistió á las cátedras de los más distinguidos profesores de la época, y sin que comprendiese su objeto filosófico ó político, retuvo en su memoria cierto eco de expresiones retumbantes que debían servirle despues para formular su facundia.

Desesperábase á Demóstenes un defecto de organización: era su voz débil y tartamudeaba como su ilustre patron de la antiüedad, pero dedujo doctoralmente que pues el ejercicio daba fuerzas al cuerpo de mas fluidez, la declamación habia de producir el propio efecto en una voz de flauta, desde entonces no tuvo límites su pasión declamatoria: fue maravillosamente secundado en sus estudios dramaticos por una de esas casualidades tan frecuentes en la corte de Francia. En el mismo piso de la fonda en que se alojaba vivia una pared de por medio de la Puerta de san Martín, robusta muger de cinco pies y algunas pulgadas de estatura, morena y farsota, aunque ya pasaba de los treinta, ensinando al descuido hermosa espalda y fornidos brazos, y en suma con la suficiente disposición para remedar en algun teatro de provincia el modelo de las *Meropes*, de las *Atalias* y de las *Semiramis*, tal como Mlle. Georges, esa tragica soberana lo habia creado, antes de que Mlle. Rachel vudiese á probar que un entendimiento elevado vale mas para interpretar el arte que toda la fuerza física y toda la robustez de los pulmones. Demóstenes entabló naturalmente relaciones con Leocadia. Esta saludable viuda (siempre lo son tales mugeres) habia tenido por esposo á un rico negociante del Havre; que se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo, á consecuencia de haberle salido mal varias empresas, no dándole á su consorte mas recurso que un talento cultivado y un instinto literario que la impelía á las tablas de un modo irresistible.

Demóstenes oyó esta fabula: verídica historia como poseia una de esas naturalezas teatrales que habitadas á ostentar sentimientos fingidos, son inhábiles para discernir en otro lo verdadero de lo falso. Leocadia recibia lecciones teóricas en el conservatorio, y practicaba en clase de racionista el arte dramático en la puerta de san Martín, donde habia consentido en aceptar papeles insignificantes, segun lo decia á Demóstenes, solo por vencer poco á poco el miedo que le infundían las tablas á su natural tímido.

Notardaron en ser intimas las relaciones de Demóstenes y Leocadia. *Habiales unido el arte* como decia despues con todo aparato. Dotada la racionista de una voz sonora y de una pronunciaci6n clara emprendió con buen éxito la educaci6n dramática del futuro abogado, comunicando á su voz mas soltura y fuerza. Demóstenes la adoraba á fuer de arrojado, ¡cuán ventajoso es hallar una instructora en una querida! Nada le costaban ni amores, ni lecciones; lo en l era un nuevo encanto para á que espíritu positivo, que ya descubria el germen de instintiva codicia, innoble vicio que la sociedad y las familias provincianas nutren y acarician como una virtuosa dependencia á la razón y al orden.

En la doble embriaguez de aquellos amores se estasio Demóstenes por largo tiempo. En vano su padre le llamaba á su lado para sostener su vacilante elocuencia. Demóstenes respondia que

le faltaban algunos años de estudio para adquirir la perfeccion apetecida. Al fin no hay plazo que no se cumpla. Demóstenes llegó á creerse fuerte en declamación: hizo sus primeros ensayos en el saloncillo del teatro Chantierine; a nada tenia que enseñarle la racionista, ademas habia engruesado mucho é iba haciéndose vieja; habiase desvanecido en suma su doble prestigio á los ojos de Demóstenes. Mas ¿cómo romper unas redacciones de diez años? ¿Cómo abandonar á la desesperación, al suicidio (nueva ilusion teatral de aquel mentido talento) á una muger tan apasionada? La muerte del padre de Demóstenes vino á cortar aquel nudo gordiano: llamábale á su país la fortuna, el lustre la obligación de continuar la paternal elocuencia. Abandonó furtivamente á Paris el mismo dia en que Leocadia consiguió presentarse con un papel de importancia, no en el teatro de la Puerta de san Martín, sino en el de la Gréte. «Ya me separo de ti con menos pesadumbre, la escribió Demóstenes; ya estas en posición; tus representaciones serán brillantes: el teatro francés se abrirá á tus talentos. ¡Oh mi Semiramis! Acuérdate de mí en tu gloria!»

Por dicha fué Leocadia implacablemente silhada aquella noche, y no halló medio mas espedido de consolarse que ir en busca de su infiel amante. Al dia siguiente se metió en la diligencia y tomó el camino por donde él habia pasado doce horas antes.

Cuando Demóstenes regresó á su país despues de tan larga ausencia, ya no tartamudeaba, habia en su decir soberbio apomo é irresistible facundia, pero habia enflaquecido y pabidecido en sus tareas: comenzaban á blanquear sus cabellos y representaba cuarenta años aunque solo tenia treinta.

(Continuará.)

EL ESTUDIO DE BARTOLINI EN FLORENCIA.

Resonaban dulcemente en mis oídos las palabras de Bartolini, y mis ojos no se hartaban de contemplar su bella estatua de mármol: ella también parecia escuchar á su padre, mirándole con amor y abandono; cualquiera hubiera creido que era una de las hijas de Loth meditando un incesto. El salon se hallaba suavemente iluminado por una luz semi-opaca, y algunos rayos del astro del dia herian con sus átomos brillantes el cuerpo de la amorosa romana sembrando en todas sus encantadoras formas una animación indefinible. La *Bacante* orgullosa y tierna al mismo tiempo en el centro de aquella flotante hoguera perdía á mis ojos su eterna inmovilidad; á fuerza de clavar en ella mis ávidas miradas, imaginábame que adivinaba el secreto de su existencia y el juego misterioso de sus músculos en aquellos torreados brazos, en aquellos hombros desnudos, en aquel pecho de nieve que me hacia estremecer: entonces comprendi verdaderamente la locura de Pigmalion.

— ¿Para qué amante habeis animado este mármol? pregunté á Bartolini.
— Para el duque de Devonshire, me contestó.
— Es un hombre afortunado. ¿Me permitirís volver otro dia á ver la *Bacante*? Mi visita se ha alargado mucho y vuestro tiempo es oro puro.
— Venid cuando gustéis.
— Otro favor quieto pediros.
— ¿Qué puedo hacer por vos, caballero?

— Consentir en que dé un abrazo á vuestra hija.

El escultor estendió hácia ella su brazo derecho con un gesto que indicaba un permiso paternal: mis labios prefanaron la risueña boca de la *Bacante*, y me retiré tan dichoso como se retira de la primera cita un amante de veinte años.

Recorri toda la ciudad de Florencia, la rica mansion de admirables estatuas. La *Sabina* de Juan de Boloña me pareció algo tosca; enternecióme la *Niobe*; no así la *Venus púdica*, aunque me perdone la sombra de Praxiteles. ¡Ah! cuando esta estatua salió de su cincel pura, blanca, luminosa como el mármol de Paros de que fue formada mereció sin duda el cariño de todos los mancebos de Chipre y de Amatonta; suave es su tacto como el ébano de los techos del Grieco; su larga cabellera exhala todavía los perfumes del mar Jónico, se concibe que su lúbrica desnudez hiciese bajar los ojos al sacerdote que la coronaba de mirto. Si toda la Grecia se habia prosternado delante del divino pedestal; la imagen de la diosa, medio inclinada y sonriéndose abandonaba al adorador uno de sus bellísimos brazos y cubria con el otro el mas hermoso seno que han besado labios de madre. Pero despues de tantos siglos de inhumación ¿en qué estado hemos recibido la *Venus* de manos de esa ciudad de Adriano devastada por los guerreros de Teodorico? Los Visogodos destrozaron en Roma la divina estatua y mil quinientos años despues supieron imitarlos en Paris los Tártaros del Don. ¡Triste destino el de las obras inmortales! Y sin embargo el hermano de la *Venus*, el *Apolo* del Vaticano ha atravesado los siglos conservando su nativa pureza; aun se eleva en la rotonda construida para su seguridad radiante é intacta como en el altar de Claros, en tanto que la *Venus* yace mutilada, del mismo modo que la dejaron los satélites destructores de Teodorico y de Alejandro. Cadáver amarillento y comido por la húmeda arcilla de su huesa! Ha sido necesario que la compasión desenterrase sus esparcidos miembros para reconstruir con ellos la obra del genio. Grande pudo ser, maravillosa, porque si el artista pasa por alto las cicatrices del simulacro, si solo repara en las gracias divinas del conjunto, sorprende todavía las palpitations del mármol y siempre es para él la célebre *Venus* de Praxiteles y de Médicis, la estatua querida de Pericles y de Adriano.

(Concluirá.)

COMUNICADO.

Sres. redactores de la Revista de Teatros:

Muy señores míos. Por dos veces se han tomado Vds. la molestia de contestar á un artículo inserto en el *Bien del país* y en el cual se queja el señor Pizarro de que yo le he robado dos tragedias tituladas *Gonzalo de Córdoba* y *Guzman el bueno*. Como el señor Pizarro y algun otro podrán creer que son mias tales contestaciones, bueno será decir que lejos de haber pensado en ellas la ridicula pretension de aquel señor no me ha merecido mas que risa y lástima. Por lo demas, agradezco á Vds. su defensa, que á la verdad, no era necesaria, puesto que nadie ha podido creer lo que hasta de sentido comun carece.

Queda de Vds. su atento y seguro servidor que S. M. B.

ANTONIO GIL Y ZARATE.

TEATROS.

PRINCIPE

A las siete y media de la noche.
1.º Sinfonia á completa orquesta.
2.º Decimacuarta representaci6n de la comedia nueva, y en cuatro actos, y en verso, original de don Tomas Rodriguez Rubi, titulada

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

PERSONAJES. ACTORES.
Marquesa. Sras. Diez.
Clara. Lamadrid.

Petronila.
Zenon. Sres.
Ginde.
Duque.
Mauricio.
D. Diego.
Keen.
Caballeros.
Ugieres.
Portero.
3.º Baile nacional á ocho.
4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.
En todos los intermedios tocará la or-

Llorente.
Sres. Romea (D. J.)
Romea (D. F.)
Sobrado.
Guzm. (D. A.)
Noren.
Perez.
Garcia.
Sanchez.
Lledó.
Ornero.
Fernz (D. J.)

estas piezas escogidas de óperas y Walses de Straus.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

EL NUEVO MOYES,

ópera seria en cuatro actos.
NOTA. Las señoras Villó de Ramos y Gariboldi y los señores Sinico y Reguer estan ensayando para poner en escena a la mayor brevedad,

LA MORMA.

TEATRO DE LAS TRES MUSAS.

Sito en la plazuela de la Cebada núm. 96 cuarto principal.

Hoy no hay función.
NOTA. Se está ensayando para poner en escena la comedia de espectáculo en 5 actos, cuyo título es:

EL HOMBRE DE LA SELVA NEGRA.

Baile, y un divertido sainete.

IMPRENTA DE BOIX.